

## Lectores de Filloy, lecturas de los '30

Candelaria de Olmos

Docente de la Universidad Nacional de Córdoba.

ESTUDIOS • Nº 16  
Otoño 2005  
Centro de Estudios Avanzados de la  
Universidad Nacional de Córdoba

En febrero de 1932, el general Justo asume la Presidencia de la Nación. Dos meses más tarde, Uriburu muere en Francia. En septiembre ocurre el atentado contra la vida de Alfredo L. Palacios. Para diciembre, se declara el estado de sitio en todo el país e Hipólito Yrigoyen es detenido en la isla Martín García. Ese mismo año, Jorge Luis Borges publica *Discusión*; Oliverio Girondo su *Espantapájaros* y Roberto Arlt, *El amor brujo* y la obra *Trescientos millones*, que Leónidas Barletta llevaría al Teatro del Pueblo. Ese año Juan Filloy, desde Río Cuarto y con la imprenta porteña Ferrari Hermanos, publica su primera novela, *Estafen*.

Fuera de los circuitos comerciales, Filloy repite la estrategia que había ensayado con *Periplo*, su primer libro, publicado un año antes y al regreso de un viaje por Asia, Oriente Medio y Europa. Esa estrategia -conforme la cual Filloy esperaba ser un escritor menos escondido de lo que muchas veces se ha supuesto- le había dado resultado: él la llamaba, no sin cierta vanidad, "edicta amicorum". Consistía, sin ir más lejos, en editar sus libros en forma privada para regalarlos a los amigos y, según se iba corriendo la voz, a los amigos de los amigos. La voz se corría vía epistolar. Poco a poco, *Estafen*, es reclamada, desde distintos puntos del país. Miranda Sá -mendocino y redactor de la revista *Cuyo-Buenos Aires*- pide un ejemplar después de haber ojeado el que Deodoro Roca tenía en su casa, en Córdoba. Filloy accede al pedido y Miranda Sá le retri-

buye con un comentario elogioso, en una carta del 25 de abril de 1933. Encuentra en Filloy a un “psicólogo magnífico” y, lo que es más importante, a un “comunista”... “de lo que me felicito” –dice– “porque yo también lo soy”.

*Estafen* despierta en sus lectores –por demás diversos– esa suerte de apreciaciones. Las mayoría de ellas son de carácter político, ético, social y, en menor medida, de naturaleza estrictamente literaria. Y es que el Estafador de Filloy es un desestabilizador social, un Robin Hood que le roba a los ricos para darle a los pobres. Los lectores –a veces a su pesar–, simpatizan con él, con su manera poco ortodoxa de denunciar las falencias de la justicia y demás instituciones del Estado.

Una respiración de época hace que la novela sea legible, incluso, y mayormente, por hombres que, como el propio Filloy, eran empleados de la justicia. Agustín Costa, un abogado porteño, le escribe: “el Estafador es el símbolo de una sociedad cínica y corrompida, donde la estafa parece ser la única fórmula para compensar la explotación de las clases oprimidas”. Hombre por lo visto, de amplias lecturas, Agustín Costa considera que el Estafador es el *alter ego* de Martín Fierro y Juan Moreira –héroes de la literatura nacional– y de Arsénio Lupin y Raffles –héroes de la novela policial extranjera. Héroes de papel, pero también de carne y hueso: Costa menciona al “bandido anarquista de Giovanni” y a un preso que supo conocer en Córdoba, que salió en libertad tras la modificación del Código Penal y que a los pocos días volvió a ser detenido porque, no se sabe cómo, desde su celda, “había conseguido esfumarle los haberes a los presos”. Este sujeto, refiere Costa, terminó sus días en Buenos Aires: abandonado por su amante,

se pegó un tiro en un Hotel de la Avenida de Mayo, rubricando así su pasaporte para otro mundo, donde tal vez su sistema económico de compensación social tuviera tantos admiradores como en éste.

Figura social y literaria, también al Estafador de Filloy le cabe una muerte trágica. Un día antes de salir en libertad, intenta huir, junto con otros compañeros de cautiverio, por un túnel secreto: será el único alcanzado por las balas de un policía menos distraído que los demás; y el “invertido” –personaje que Filloy aprovecha para hacer sus consabidas y poco correctas condenas de la homosexualidad–, el único de los prófugos que se detendrá a llorar al lado de su cadáver. Agustín Costa encuentra que el final del Estafador y de la novela es grandioso:

Puesto entre dos caminos para llegar a un mismo afán, la libertad, el protagonista no podía hacer más que estafar a la ley, sin pensar que la fatalidad tiene soluciones propias.

Pocos pudieron hacer una lectura semejante. Casi todos los lectores de *Estafen* rechazan la muerte del 14 Pabellón 3 –según la denominación que recibiera en la cárcel–, para quien hubieran deseado una mejor suerte. El 4 de febrero de 1933 un lector riocuartense –que, dice, no ha tenido oportunidad de felicitar personalmente a Filloy por su “notable *Estafen*”– anota:

Duele un poco el signo fatalista que empujó al Estafador en los últimos tramos de la novela, aun reconociendo que es el mejor acento para adjudicar la última palabra de la emoción, pero... para admitir ese fin he debido luchar contra la simpatía que me inspira el personaje.

Pero, no todos los lectores se sintieron igualmente atraídos por el personaje y, de hecho, la novela –atrevida para la época y para la investidura judicial del autor– tuvo sus detractores, cuyos motivos eran iguales a los de sus fanáticos: “una dinamita en el cimiento de la organización burguesa”, advertía, con cierta alarma, un abogado cordobés. Para Alfredo Colmo –el destacado jurista porteño fallecido en 1934–, el libro era sencillamente “un error”:

Tanto derroche de ingenio, de talento, de imágenes penetrantes, de metáforas originales i de un lenguaje de pedrerías –agregaba– resulta prodigado en una paradoja, digamos, en una mentira, en que usted mismo no cree. Después de la delicia i regalo de su *Periplo*, se imponía una afirmación creadora, no la negación i destrucción que entraña su (...) panegírico del delito o proscripción del trabajo, la cooperación i la solidaridad.” Filloy, que gustaba de espantar a sus lectores, pero, en cambio, no soportaba las críticas, ensayó el borrador de una respuesta, que nunca sabremos si Colmo recibió, en el reverso de la carta que este le enviara: “Yo no sé, mi estimado Doctor Colmo, si usted conoce *Donogoo-Tanka*, de Jules Romain. Al final, hay una estupenda alegoría acerca del error. Se trata de un pueblo que lo honra por el milagro de haber plasmado un mundo nuevo. Y lo representa la efigie de una mujer fecunda, embarazada, siempre en trance de parir... El progreso humano obra es del error...”

En cuanto a la muerte del Estafador, las opiniones llegaron a ser tan controvertidas que Filloy consideró: “De haber supuesto tantos conflictos hubiera hecho una encuesta al respecto...” Era el 14 de marzo de 1933 y le respondía a Bernardo

Canal Feijóo, para quien, el final de la novela merecía una interpretación exactamente contraria a la que Costa había realizado. En efecto, si para Costa la muerte del personaje era una reivindicación de la estafa hasta sus últimas consecuencias; para Canal Feijóo, significaba una forma de reparar el caos que el delito había instalado y, tal vez, también, de borrar de un plumazo toda la audacia verbal y argumentativa que ocupaban las trescientas páginas precedentes. En este sentido –y aunque la comparación de Feijóo era otra– Filloy parecía usurpar los tópicos del policial clásico, donde el descubrimiento de la verdad y la sanción inmediatamente posterior de los delincuentes viene a reponer “el orden estúpido del mundo”. Sin embargo, el modelo de Filloy era menos popular que culto: se trataba de ejercer el mismo tipo de castigo que los griegos reservaban para la *hybris* de cualquiera de sus personajes mitológicos. Los de Filloy –que para muchos de sus lectores también llegarían a serlo– no escapaban a esa clase de justicia por parte de su mentor, que siempre terminaba sometiéndolos a “las fuerzas esotéricas del mundo”. Cuarenta años después de la publicación de *Estafen*, Verenna Briggs, la heroína de *La Potra*, pagaba con la muerte de su prometido, primero y de su amante, después, sus incontrolables desenfrenos sexuales.

Porque Feijóo supo advertir tempranamente este procedimiento fundante y esta clave de lectura de la narrativa de Juan Filloy –constituyéndose así en uno de sus “lectores más sutiles”, según estima el propio Filloy–, es que elegimos reproducir la carta que le dirigió a propósito de la publicación de *Estafen*, con su correspondiente respuesta. Por eso y porque en el abultado epistolario del escritor cordobés –que, desde 1988, se conserva en el Archivo Histórico de la ciudad de Río Cuarto– la correspondencia que mantuvo con Bernardo Canal Feijóo es una de las más voluminosas y sostenidas en el tiempo: en total, el Archivo Histórico de la Municipalidad de Río Cuarto conserva 22 cartas de Bernardo Canal Feijóo a Juan Filloy y siete borradores –mecanografiados en copia de papel carbónico– de las respuestas que Filloy debió enviarle, a su vez. Puede decirse, pues, que ambos cultivaron una amistad prolongada, aunque a la distancia. Contra las expectativas que Feijóo hacía explícitas el verano de 1933, se conocieron personalmente recién en 1936: en una carta del 12 de febrero de ese año, Canal Feijóo agradece a Juan Filloy la hospitalidad con que lo ha recibido en Río Cuarto. Sus mujeres, que debieron encontrarse en esa ocasión, también entablaron amistad: en el Archivo hay una carta, extremadamente afectuosa, de Carlota Schreier a Paulina Warshawsky.

Prueba de la confianza mutua y del respecto que se tenían ambos escritores, es que cuando Canal Feijóo fue elegido Presidente de la Academia Argentina de Letras, en 1980, promovió inmediatamente el ingreso de Juan Filloy a la institución y solicitó su colaboración para el Boletín de la misma. Filloy se disculpó

numerosas veces con su amigo por no poder asistir a la ceremonia de su presentación como miembro de la Academia; para entonces Paulina ya estaba muy enferma. Moriría en 1982, el mismo año que Canal Feijóo. Cuatro años antes, en 1978, Feijóo había sido invitado por la entonces flamante Universidad Nacional de Río Cuarto a dar una conferencia titulada *El lenguaje de la pasión patriótica*, un tema caro al orador que ha de haber resultado más que apropiado al contexto político del momento. Probablemente, esa haya sido la última vez que Filloy y Canal Feijóo tuvieron ocasión de verse.

Desde *Estafen* en adelante, Juan Filloy había enviado puntualmente sus "cuadernos" al escritor santiagueño, que los comentó en cada caso y que, a su vez, le remitió sus trabajos. En una carta inmediatamente anterior a la que aquí incluimos -del 28 de enero de 1933- Feijóo apuntaba:

Oportunamente recibí su hermosa carta sobre mi libro *ñan*. Todo lo que me dice Vd. es original y magnífico y puesto que se lo ha sugerido mi librito, muy honroso para mí. Pero temo que sus consideraciones sobre estética del rancho, sutilmente convertida al helenismo arquitectónico, no sean estrictamente aplicables al rancho santiagueño, que entre las muchas diferencias que tiene con los demás ranchos argentinos es que carece de techo de dos aguas.

De paso, Feijóo solicitaba:

Espero su novela *Estafen*. Entiendo que está en circulación. Fuera del ejemplar que reclamo en primer término para mí, le sugiero los siguientes envíos que serán debidamente apreciados por sus beneficiarios, algunos de los cuales le escribirán o escribirán para periódicos.

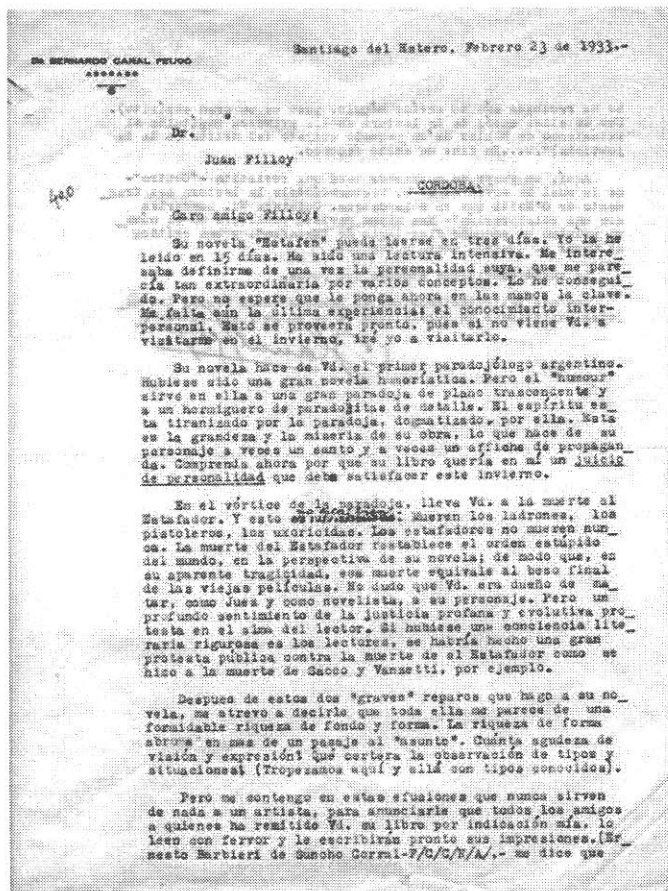
Entre esos beneficiarios estaba Horacio Rava -también santiagueño- que, en efecto, comentó *Estafen* para la revista *Centro*, a la que Feijóo hace referencia en carta posterior. El 11 de mayo de 1933, Rava añadía una impresión más acerca de la novela.

Su libro -decía- tiene la rara cualidad de hablar por sí solo; hay libros como *Zogoibi*, que hablan, o se dice que hablan, porque los escribió Rodríguez Larreta, es decir que entran porque hay un preconcepto que los habilita; *Estafen*, por el contrario, conquista personería propia con prescindencia del autor; triunfa solo. Es que Ud. ha bajado a estudiar las mil inquietudes que

se aprietan en la vida actual, formando su estructura, y lo ha hecho con pasión, por eso logró dominar el panorama.

Rava festejaba, así, la aparición de un escritor ignoto, ajeno a las estrategias habituales de consagración –pero no desprovisto de la ambición que lo movía a inventar las suyas propias–, y capaz de tomarle el pulso a la realidad. Y si acaso este último juicio no decía nada de la calidad estética de la obra –sobre la que, en verdad, muy pocos se expidieron–, es cierto que el argumento de *Estafen* y los argumentos con que el personaje defendía la función social de la estafa eran, de alguna manera, un síntoma de la que se daría en llamar “la década infame”.

\*\*\*



Santiago del Estero, Febrero 23 de 1933

DR. BERNARDO CANAL FEIJOO  
ABOGADO  
Dr.  
Juan Filloy

CÓRDOBA

Caro amigo Filloy:

Su novela *Estafen* puede leerse en tres días. Yo la he leído en 15 días. Ha sido una lectura intensiva. Me interesaba definirme de una vez la personalidad suya, que me parecía tan extraordinaria por varios conceptos. Lo he conseguido. Pero no espere que le ponga ahora en las manos la clave. Me falta aún la última experiencia: el conocimiento interpersonal. Esto se proveerá pronto, pues si no viene Vd. a visitarme en el invierno, iré yo a visitarlo.

Su novela hace de Vd. el primer paradjólogo argentino. Hubiese sido una gran novela humorística. Pero el *humour* sirve en ella a una gran paradoja de plano trascendente y a un hormiguero de paradjitas de detalle. El espíritu está tiranizado por la paradoja, dogmatizado por ella. Esta es la grandeza y la miseria de su obra, lo que hace de su personaje a veces un santo y a veces un *affiche* de propaganda. Comprenda ahora por qué su libro quería en mí un *juicio de personalidad* que debo satisfacer este invierno.

En el vórtice de la paradoja, lleva Vd. a la muerte al Estafador. Y esto no está bien. Mueren los ladrones, los pistoleros, los uxoricidas. Los estafadores no mueren nunca. La muerte del Estafador restablece el orden estúpido del mundo, en la perspectiva de su novela; de modo que, en su aparente tragicidad, esa muerte equivale al beso final de las viejas películas. No dudo que Vd. era dueño de matar, como juez y como novelista, a su personaje. Pero un profundo sentimiento de la justicia profana y evolutiva protesta en el alma del lector. Si hubiese una conciencia literaria rigurosa en los lectores, se habría hecho una gran protesta pública contra la muerte de el Estafador como se hizo a la muerte de Sacco y Vanzetti, por ejemplo.

Después de estos dos "graves" reparos que hago a su novela, me atrevo a decirle que toda ella me parece de una formidable riqueza de fondo y forma. La riqueza de forma abruma en más de un pasaje al "asunto". Cuánta agudeza de

visión y expresión! Qué certera la observación de tipos y situaciones! (Tropezamos aquí y allá con tipos conocidos).

Pero me contengo en estas efusiones que nunca sirven de nada a un artista, para anunciarle que todos los amigos a quienes ha remitido Vd. su libro por indicación mía, lo leen con fervor y le escribirán pronto sus impresiones. (Ernesto Barbieri de Suncho Corral - F/ C/ C/ N/ A/, me dice que no ha recibido aún su envío; hágalo, pues es un gran espíritu). Uno de ellos sacó de la lectura de los primeros capítulos el entusiasmo de hablar de "un pequeño quijote del delito (o de la justicia )" .... En fin: un éxito redondo.

Aquí, un grupo de muchachos hace una revista -*Centro*- de la cual le envío el nº 4, recomendándole la lectura del fragmento de O' Neill que va a la cabeza. Quisiera Vd. honrarles con una colaboración? Esa misma revista publicará en el número próximo un pequeño florilegio de *Estafen*, y una crítica de Oscar R. Juarez, poeta auténtico.

Le ruego escribirme siempre que pueda.

Con mis felicitaciones por su hermosa obra, reciba las mejores expresiones de cordialidad de su amigo y admirador.

Bernardo Canal Feijóo

\*\*\*

Río Cuarto, marzo 14 de 1933

Dr. BERNARDO CANAL FEIJOO  
Santiago del Estero.



De mi mayor estima:

Poco después de recibir su carta leí en *Les Nouvelles Littéraires* un curioso artículo de Julien Benda, el gran innovador de la historia en Francia. Precisamente sobre *Les lettres qu'on recoit*. En él se consignan con nitidez los mil y un aspectos de la correspondencia arriba a las manos del escritor. Pasando por "alto" la adecuación de tal vocablo a mi caso, cumplo en expresarle que yo, desde *Periplo*, he empezado a conocer la poliédrica personalidad de ese argos moderno que es el lector. Ya alguien tituló a la crítica el secretariado general de la lectura. Pero, como yo hago ediciones privadas, tímidas, y ella no interesa en absoluto a mi intrépida timidez, me circunscribo a certificar los conceptos del célebre autor del *Discours cohérent*.

Usted, por cierto, es uno de los lectores más sutiles que me hayan tocado en suerte. Mientras leía *Estafen!* me consta que ha colaborado en la obra exquisita de complementación que involucra la lectura en las nuevas corrientes del arte. Así como un cuadro de Picasso, Carrá o Fernand Léger implica un test de inteligencia, es decir un proceso de elevación intelectual hasta alcanzar los prodromos mentales que lo plasmaron, la literatura de vanguardia reclama el aporte del talento ajeno para jerarquizar la creación subjetiva del autor.

En *Estafen!* yo he extraído del aire la imagen [sic] del estafador. Su "incidencia" humana, sus toques con la realidad circundante, es lo que menos me complace. Pero, eran necesarios: porque sino [sic] la enteleguía podía ser captada como una abstractomanía y correr el riesgo de volar del ánimo del lector igual que una pompa de jabón. En consecuencia lo burdo, lo pesado, fué [sic] lastre indispensable. Y entre lo pesado, lo burdo: la muerte. Matándolo, he humanizado lo deshumanizado...

Es sumamente gracioso lo acontecido entorno [sic] a la muerte del 14 Pabellón 3. Todos discrepan. Unos la deploran, como usted. Otros la sufren. (Yo, sinceramente, he llorado; porque...) Otros la justifican. Otros la aplauden... En cierta familia amiga promovió un largo debate... De haber presupuesto tantos conflictos hubiera hecho una encuesta al respecto... Aunque más no fuese para librarme de la protesta pública, similar a la de Sacco y Vanzetti, que usted jocundamente señala como reacción de una posible conciencia literaria...

"L' incomprehension du lecteur revet quelque fois une forme particulièrement cruelle, dont, d' ailleurs, le romancier et le dramaturge souffrent". Tal mi situación, en la mayoría de las cartas. Aun en las mismas que la aplauden -entre los

cuales me cuento-; porque discrepo en los coeficientes espirituales que adosan esos aplausos. Los más le atribuyen un sentido de necesidad moral, de imperativo social. Pero, no. El final del Estafador no es ético, es estético. Toda su vida ha sido un dandy del delito. Y lograda la estafa máxima de su libertad, por el intestino del túnel, desde antes de sucumbir a ella, flotaba ya el *αναγκή* de su absolución. En puridad no es justicia humana ni extrahumana la que le fulmina. Es una justicia estética: un *fatum* trágico: la Némesis que encarna las fuerzas esotéricas del mundo restablece con su sabiduría -que es capricho para los hombres- la inmanencia total de la *σοφρωνε*, empleando el término estricto. He sido, pues, en ella, como en otras cosas, profundamente helénico; con lo cual va sin decir que arremeto contra todos los tabús [sic] que obstruyen el tráfico de las ideas.

Bien, dejémoslo muerto al Estafador...Trabajo ahora en una novela simultaneísta en tres planos: familiar, público y trascendente, de un político vivillo. Y es posible que no muera. La apoteosis de la ignominia es siempre longeva...

He terminado *Balumba*, block de ciento cinco poemas. Y tengo listos: *Op Oloop*, cuentos y esquemas superrealistas, algunos rabelesianamente coprológicos...

En estos días, de vuelta de una *villegiature* a Chile, estuvo por aquí el doctor Gumersindo Sayago. No le conocía. Le agradecí su presentación. Charla breve, pero grata. Me ha hablado con tanto fervor y estima de usted, que certifico ahora la falsedad del: - Oh, amigos, no hay amigos!", del Estagirita.

Muy pulcra y exacta su traducción del *Strange interlude* de O' Neill. Le he compulsado con el original. Tengo la *eihth large edition of Horace Liveraight 1928*. No se me escapa la dificultad de su trabajo con un play de esa naturaleza. Y le felicito cordialmente.

Aunque mandé *Estafen!* a Ernesto Barbieri, lo hago de nuevo, con gusto, a su pedido.

Mañana parto a Córdoba en vacación por una quincena. Cuando regrese satisfaré el deseo *Centro* mandándole algo de una *Suite del agua y la piedra*, que escribí en Chile el año ppdo.

Tal vez en julio vaya con unos amigos al Altiplano. Entonces, de pasada, quizá Santiago sea una etapa. Ergo...

Con saludos muy afectuosos para usted y para el Doctor Paz, a quien le debo la deferencia de una carta sumamente amable, queda su amigo.

[Juan Filloy]

\*\*\*